



## En defensa de la sociología: Contra el mito de que los sociólogos son unos charlatanes, justifican a los delincuentes y distorsionan la realidad

Sergio Pacheco González\*

El texto de la autoría de Bernard Lahire (2016), sobre el que trata esta reseña, bien puede ser de utilidad para el análisis de la disputa política que se ha profundizado,

no sólo en México, en este siglo. Una disputa que se expresa también como una batalla cultural (Laje, 2022) y una confrontación que se pretende ideológica, en su acepción de falsa conciencia, cuando de abordar el género se trata (Garza, 2009). No obstante, el texto, al plantearse la defensa de la sociología, no discute en términos de neoliberalismo *versus* populismo, por ejemplo, si bien en la parte final somete a crítica los planteamientos que en el texto *Malaise dans l'inculture* (2015), presenta Philippe Val y al que le dedica un Anexo, con el título: "El mundo según Val: una variante de la mirada conservadora".

Una primera aseveración de Lahire, le lleva a establecer un continuo en el proceso de comprensión del mundo, de sus componentes y de quienes lo habitan. Así, reconoce la importancia de las heridas que al narcisismo de la humanidad infieren las perspectivas copernicana, darwiniana, freudiana y sociológica, atribuyendo a ésta la capacidad de romper "la ilusión de que cada individuo es un átomo aislado, libre y dueño de su destino, un pequeño centro autónomo de una experiencia del mundo, con sus elecciones, decisiones y voluntades, sin límites ni causas." (p. 11). Esta perspectiva constituye, sin duda, una negación a los fundamentos del pensamiento libertario.

En contraposición, la crítica a la sociología como a las otras ciencias sociales, señala el autor, suele basarse tanto en posturas desde la resistencia como desde la ignorancia. De esta manera, se pretende señalar que las prácticas de desviación social, como la delincuencia, son justificadas desde la sociología al atribuir la responsabilidad de la conducta individual a la influencia que ejerce el colectivo, la denominada sociedad. No obstante, la situación se complica cuando se toman en consideración al menos tres dimensiones: legal, moral y ética. El marco legal establece límites a quienes integran el colectivo, que es reforzado por los principios morales asumidos; ambos influyen en las personas quienes los ponen en juego en la interacción social. La postura conservadora,

\* Coordinador del Programa de Licenciatura en Sociología. Universidad Autónoma de Ciudad Juárez. Correo electrónico. sergio.pacheco@uacj.mx



en voz de Ronald Reagan (citado por Wacquant), señala que la filosofía de izquierda justifica a los que transgreden las normas y los principios: “Para ellos, es la sociedad y no el individuo la que está en falta cuando se produce un crimen.” (p. 20).

La postura de Lahire indica que es necesario evitar confundir la comprensión que las ciencias sociales realizan sobre los actos o las situaciones, con la justificación de las acciones individuales: “Afirmar que entender ‘desresponsabiliza’ a los individuos implicados equivale a reducir indebidamente la ciencia al derecho.” (p. 31). Esto no implica desconocer la influencia del medio en el abanico de oportunidades a las que se puede tener acceso: “Así, ese argumento –que las condiciones de vida, incluso las más degradadas, no valen como excusa– permite que los niños de las familias populares se vuelvan ‘responsables’ de sus “fracasos escolares”. (p. 21).

Al respecto, en el segundo capítulo (Entender, juzgar, castigar), el autor argumenta la necesidad de diferenciar entre dos planos de análisis de los hechos y de las prácticas. Por una parte, un plano no normativo que está relacionado con el conocimiento científico y por otro, el propiamente normativo que se vincula con la justicia, las fuerzas de seguridad pública y los recintos de reclusión, entre otros dispositivos que evalúan y sancionan a quienes infringen las normas de convivencia. Para la mirada conservadora, no existe otro culpable (responsable) que el individuo que, como señala el diputado socialista Julien Dray: “no elige dónde nacer, pero elige qué vida vivir. Y *uno elige convertirse en delincuente*.” (p. 30).

Al respecto, es pertinente recuperar el señalamiento que hace Norbert Elias (1999, p. 156): “Lo que se caracteriza con dos conceptos distintos como «individuo» y «sociedad» no son, como el uso actual de estos conceptos a menudo hace aparecer, dos objetos que existan separadamente, sino dos planos distintos, pero inseparables, del universo humano.” En este sentido, se reconoce que el actuar humano no se reduce a una acción reactiva, que es capaz de discernir y que esta capacidad se encuentra delimitada por las características individuales que posee y las de carácter social en que se desenvuelve, entre ellas: sexo, género, edad, escolaridad, raza, condición socioeconómica. No es así para quienes los análisis sociológicos son charlatanería que distorsiona la realidad, como señala Vécrin (2015) en la cita que Lahire retoma de las declaraciones de la periodista, activista LGBT y documentalista Caroline Fourest: “dar excusas sociológicas a los fanáticos no va a hacer que disminuya el racismo” (p. 24).

Esta idea, que señala a la sociología como una disciplina que desresponsabiliza a los sujetos por sus actos y las consecuencias que éstos acarrearán, confunde no solo la labor investigativa y sus resultados, con el ejercicio de la sanción cuando ésta es aplicable, sino que, como recupera el autor de Durkheim, confunde su finalidad: “Su papel consiste en expresar la realidad, no en juzgarla.” (p. 30). Por ello, cuando se señala a la disciplina y a sus profesionales de justificar los hechos y a sus protagonistas, Lahire afirma que en realidad lo que se presenta es una “*confusión de perspectivas*”, lo que “equivale a reducir indebidamente la ciencia al derecho.” (p. 31). En el mismo sentido, el autor insiste sobre la distinción que quien investiga debe tener clara, entre su relación con los valores, que se encuentra presente en la elección de sus objetos de estudio y la manera en que éstos son tratados, condición que Weber había ya abordado.

El derecho a un conocimiento lo más independiente posible de las cuestiones morales, políticas, jurídicas o prácticas nunca debería estar en tela de juicio. En una democracia, nada debería obstaculizar la investigación desinteresada de la verdad. Por otra parte, entender nunca impidió que se juzgara, pero juzgar (y castigar) no impide entender. (p. 35).

Además, “entender sirve para resolver los problemas de un modo que no implique la *exclusión* (encarcelamiento, apartamiento o confinamiento psiquiátrico) o la *destrucción* del otro (pena de muerte).” (p. 36). En este sentido, entender las causas, identificar y analizar las redes de interacción en las que el individuo participa en su proceso de vida, cómo se estructuraron y facilitaron su desarrollo, “desde el distanciamiento y la desindividualización del problema permiten considerar soluciones colectivas y duraderas.” (p. 36). A juicio de Lahire: “Probablemente sea esta una de las lecciones políticas más importantes de las ciencias sociales.” (p. 36).

Desde esta perspectiva, el autor retoma, en su tercer capítulo (La ficción del *Homo clausus* y del libre albedrío), lo que Elias ya señalaba: el individuo y la sociedad no son dos objetos que existan separadamente, lo que no niega que se identifiquen dimensiones específicas de la interacción entre individuos, precisamente en el mundo social, donde se distingue entre el deber ser y el ser. El primero, de acuerdo con Hans Kelsen, “se considera que el hombre ejerce su libre albedrío, mientras que, en el segundo, el determinismo rige la totalidad de sus comportamientos.” (pp. 41-42).

Se observa entonces, que la distorsión que se atribuye a la sociología y a las ciencias sociales en general se deriva del carácter determinista que se considera sustenta el abordaje de los problemas sociales y en contraposición, que se anula el libre albedrío de los sujetos, quienes no pueden rehuir la responsabilidad sobre sus actos.

Al respecto Lahire, puntualiza la confusión que se presenta en quienes piensan que la sociología lo que favorece es la construcción de excusas: “La sociología no dice que no se realizan elecciones, que no se toman decisiones o que las intenciones y la voluntad no existen. Sólo dice que las elecciones, decisiones e intenciones son realidades surcadas por múltiples condicionantes.” (p. 43). Que los sujetos sean responsables o no y que reciban una sanción o no, es objeto de derecho; a la sociología, como ciencia de lo social, le corresponde comprender el o los hechos.

Ahora bien, para que esta comprensión sea posible, se requiere, además de registrar y analizar el discurso de los sujetos, contextualizar los casos y/o sucesos.

Contextualizar consiste en tejer lazos entre un *elemento central* (un hecho individual o colectivo, un gesto o una práctica, un objeto o un enunciado, un evento o una trayectoria, una acción o una interacción, etc.) que se procura entender y *una serie de elementos de la realidad* que lo enmarcan y le dan sentido. (p. 47).

El individuo solo, aislado, como un Robinson Crusoe contemporáneo, sólo sería posible si éste fuera previamente civilizado y aun así, se encontraría seguramente en condiciones de vulnerabilidad.

Moldeados por ese mundo que contribuimos a moldear, resulta imposible escapar de él. Conformistas y marginales, dominantes y dominados, todos hacemos lo que podemos con lo que el mundo hizo de nosotros; y todos hacemos lo que podemos con él en función de las situaciones en las que nos vemos inmersos. (p. 49).

Y es precisamente la relación entre dominados y dominantes, objeto de atención del cuarto capítulo (Velar a los dominados su realidad, negar la dominación). En él, se parte de mostrar cómo se vela la realidad de los dominados, situando la responsabilidad del estar y ser en el individuo, el que, como si sólo se tratara de su esfuerzo personal, pudiera modificar sus circunstancias siguiendo las pautas de la literatura de superación

personal, que tan amplia difusión tienen en la actualidad. De igual manera, como las dificultades son producto de sus propias decisiones, no puede culpar a otros, a la sociedad. Por ello, como señaló el ministro de Asuntos Europeos, Laurent Wauquiez: “el asistencialismo es uno de los verdaderos cánceres de la sociedad francesa” (p. 53). Juicio, que se reproduce constantemente en el discurso político del llamado conservadurismo. Desde esa perspectiva, Philippe Val afirma, indica Lahire, “cualquier intervención en los asuntos que se consideran privados ... es una injerencia intolerable.” (p. 61). Si existe consentimiento, se precisa, no existe dominación.

En el capítulo quinto (Terminar con las falsas evidencias; la sociología de la acción), Lahire aborda, entre otros tópicos, el aporte que realiza la sociología en la comprensión de los hechos sociales. Al respecto es pertinente una extensa cita.

La sociología *historiza* estados de hecho que se suponen naturales (como las diferencias entre hombres y mujeres, los conflictos generacionales o el espíritu de competencia). También *desesencializa* o *desustancializa* a los individuos, que llegaron a convertirse en lo que son por su relación con toda una serie de individuos, grupos e instituciones (sociología de las carreras delictivas, recorridos artísticos o deportivos singulares, etc.), *compara* y *explica las transformaciones* de fenómenos considerados eternos o invariantes (como la “familia nuclear”, el mercado económico, el amor, etc.) y, sobre todo, contradice en cada caso las mentiras voluntarias o involuntarias sobre el estado de lo real y desarma los discursos ilusorios. (p. 66).

En su apartado de conclusión (Ciencias para la democracia), el autor reitera la necesidad de mantener una permanente disposición a defender las ciencias sociales y en particular a la sociología, de los embates de que es objeto. Y en una reafirmación de que estas ciencias no sólo abordan los colectivos, destaca la importancia de la decisión y acción de los individuos para mejorar sus condiciones de vida.

La difusión de estas ciencias no aboliría por arte de magia la desigualdad, las injusticias o la dominación, pero les haría la vida más difícil a todas las formas de etnocentrismo y mentira, y permitiría que todos los ciudadanos fueran más conscientes de mundo en que viven, de su carácter histórico y, por ende, de las posibilidades que tienen de transformar el orden de cosas. (p. 89).

## Referencias

- Lahire, Bernard. (2016). *En defensa de la sociología: Contra el mito de que los sociólogos son unos charlatanes, justifican a los delincuentes y distorsionan la realidad*. Buenos Aires: Siglo XXI Editores.
- Elías, Norbert. (1999), *Sociología fundamental*, España, Gedisa.
- Garza Medina, Luis. Teoría de género: visión crítica de sus postulados y objetivos. En: Lacalle Noriega, María y Martínez Peroni, Patricia. (Coordinadoras). *La ideología de género. Reflexiones críticas*. Madrid: Instituto de Investigaciones Económicas y Sociales Francisco de Vitoria, 2009, pp. 19-31. <https://es.catholic.net/op/articulos/18398/cat/447/teoria-de-genero-vision-critica-de-sus-postulados-y-objetivos.html#modal>
- Laje, Agustín. (2022). *La Batalla Cultural: Reflexiones Críticas Para Una Nueva Derecha*. México: Harper Collins.

